

ABRAZO
DE LETRAS

Natalia Schapiro

DOROTEA CUMPLE MIL





Natalia Schapiro

DOROTEA CUMPLE MIL



EDITORIAL HOLA CHICOS
Av. Callao 1121 4° "D" (1023) CABA, Argentina.
Tel. / Fax (011) 4812-1800 / 4815-1998
e-mail: holachicos@editorialholachicos.com.ar
www.holachicos.com.ar

DOROTEA CUMPLE MIL

Autor: Natalia Schapiro
Ilustraciones: Cecilia Gandolfo
Diseño de tapa e interior: Donagh I Matulich

ISBN: 978-987-4007-40-7

Producción gráfica de 3000 ejemplares realizada por Printerra SRL.
Enero 2018.

Schapiro, Natalia
Dorotea cumple mil / Natalia Schapiro ; ilustrado por Cecilia Gandolfo. -
1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Hola Chicos, 2018.
120 p. : il. ; 24 x 17 cm.

ISBN 978-987-4007-40-7

1. Novelas de Aventuras. 2. Brujería . I. Gandolfo, Cecilia, ilus. II. Título.
CDD 863.9282

© 2018 Hola Chicos SRL

Queda hecho el depósito que establece la Ley 11.723
Libro de edición argentina.

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.



*A mis brujas amigas,
al mago taekwondista,
a quienes creen en la magia.*

ÍNDICE

1. La puerta cerrada . . .	7	16. El circo	59
2. El túnel	9	17. Fantasmita	63
3. La peluquería	13	18. Preparativos	65
4. Brujas modernas	17	19. Cambio de planes . .	69
5. Te invito a mi cumple	21	20. El vestido de sangre	73
6. Rojo guinda y gris rata	23	21. Vuelo musical	79
7. Nuevos hechizos	29	22. Dr. Drácula	81
8. Moscas madrugadoras	33	23. El corazón de una bruja	85
9. Sangre verde	35	24. La piñata	93
10. San Google	39	25. La torta	97
11. El Gran Casini	43	26. Punto de partida . . .	99
12. Una idea perfecta . .	47	Hechizos (Del diario secreto de Lisandra)	105
13. El pie fantasma	49	Sobre la autora	120
14. La tejedora de lueciérnagas	53	Sobre la ilustradora	120
15. En bicicleta	55		





LA PUERTA CERRADA

Buscó nerviosa entre remeras de bandas de *rock*. Desparramó muñequeras flúo, biromes, *stickers* de *Los Simpsons*. “¿Dónde está?”, gruñó. El negocio quedó revuelto como después de un robo, parecía un animal con las tripas afuera. Pero la llave de la puerta no aparecía.

Lisandra hizo memoria. Había atravesado la galería cargando unas cajas, hasta llegar al local oscuro. “Aplasté los bultos contra la puerta de vidrio y manoteé la llave en la cartera”, recordó. “La tenía, sí, en la mano derecha. Sujeté con la pera la caja de máscaras espantosas para abrir la puer... ¡Ahh! la puerta, claro”. Y allí estaba la llave. Dorada, obediente, del lado de afuera.

Sabiendo que nada lograría, Lisandra intentó abrir desde adentro. Se colgó del picaporte. Tironeó como

si luchara contra mil dinosaurios. Comprobó que su cerradura automática era buenísima. ¡Uf!

Con lo agotada que estaba del gruñido de la fotocopiadora, de mostrar prendedores, de guardarlos en el cajón, como cucarachas muertas. Y ahora esto, nueve y cuarto de la noche. Tenía que salir. Atravesar vidrios no sabía. En la galería, no quedaba un alma.

Un par de ratones corrieron por la alfombra refunfuñando. Lisandra, con idéntico malhumor, buscó su vieja varita de sauce. Apuntó a la llave, que la miraba sin pestañear, desde el otro lado del vidrio. Tan cerca, tan lejos. Los ojos se le agrandaron y sonó su voz de culebra:

Llave despierta...

¡Y abre la puerta!

Una luz verde recorrió la llave.

—¡Uf! —rezongaron los ratones.

—¡Aghh! —resopló Lisandra. Ahora había un cepillo de dientes metido en la cerradura. Tiró la varita al piso, se oyó un quejido finito. Lisandra no le prestó atención. Buscó la guía telefónica. Se sentó a esperar al cerrajero.





EL TÚNEL

Lisandra bajó las escaleras del tren. Mientras esperaba en el andén, se sintió afortunada por no viajar en su escoba. ¡Qué manso era el subte!

Juanita, en cambio, era una escoba rebelde. Por muy apurada que estuviera Lisandra, basural que Juanita veía, basural donde aterrizaba. Bajaba en picada mortal, sin hacer caso a las palabras mágicas de su dueña, que se convertían en gritos de montaña rusa. Lisandra clavaba uñas y dientes en el lomo flaco de su escoba. Una vez en tierra, Juanita jugaba al *hockey* con latas de gaseosa. Su dueña tenía que esperarla horasss. Y festejarle los goles.

Subió al último vagón. Viajaba sentada y sin aterrizajes sorpresa: quince minutos y llegaba a la peluquería. El tren se internó en lo oscuro como una lombriz bajo tierra. Lisandra observó por la ventanilla.



A los costados del túnel, había unas puertas grises, como dientes escondidos en la garganta negra.

En eso vio una brujita de medias rayadas saltando la soga en la oscuridad. Enseguida se acercó otra. Lisandra sonrió. Recordó cuando ella, de niña, corría entre las grutas jugando a mancha sangre. Y cuando se transformaba en pulga, así nadie le ganaba a las escondidas. Solo volvía a su apariencia normal al gritar “¡Pica!”. Esos días pasaban volando, le encantaba perderse en cuevas y laberintos húmedos. Selvas de sombras, donde las brujas anidan, cantan y tejen sueños de telaraña.

De pronto vio otra brujita violeta tocando la flauta en el túnel. El ruido mecánico del tren lo devoraba todo. Pero pudo oír la melodía de la flauta estirándose como nube. Los pocos pasajeros no notaban nada raro. Excepto una nena de hebillas azules. La nena observaba ese mundo secreto, que se abría como una flor morena, desde la última ventanilla.







LA PELUQUERÍA

—i Lisandra, mi amor! —exclamó Dorotea, repartiendo una brisa perfumada—. Tenés el pelo a la miseria. ¡Cualquier día te hago las mechas! —La voz de Dorotea era estridente, como si tuviera micrófono incorporado. Retumbaba entre las paredes de la peluquería vacía.

De pronto, un remolino negro entró por la claraboya entreabierta, revoloteó al ras de Lisandra y, al aterrizar, cobró forma humana. Era Gertrudis.

La recién llegada le besó las uñas, como correspondía entre colegas. Más huesuda que su escoba, lucía un típico sombrero de punta y zapatos afilados. Aunque desde las antiguas cazas de brujas, volaba con apariencia de pájaro negro, con largo pico amarillo.

—Hoy somos poquitas —dijo Dorotea, bajando la persiana de Peinados Dory's—. Griselda tira cartas

hasta tarde, Elizabeth sigue en Bruselas, Úrsula cazó ese trabajito con virus informáticos...

—Noel... ehh... Matilde dijo que venía —se corrigió Gertrudis, incómoda por confundir los nombres.

—¿Dorys, estás atendiendo? —preguntaron desde la calle.

Dorotea espío entre las ranuras de la persiana y saludó con su megasonrisa.

—¿Le emparejás el flequillo al nene? —se oyó la voz desde afuera.

—No puedo, mi amor. Termino con unas señoras y me voy. Traelo mañana, linda. —Dorotea le dedicó una mirada sonriente al niño y esperó a que se alejaran.

—Coman algo, chicas —ofreció. Y señaló, al fondo, una mesita con canapés de avispas y langostas, hígado crudo, ojos a la conjuntivitis—. Todo casero.

También sirvió unas bebidas amarillentas que despedían intensos vapores y olores.

De pronto, un pajarito atravesó la pared y dio vueltas piando una canción alegre. En el aire, quedaron suspendidas letras fosforescentes:

Tía, no puedo ir a la reunión.

Animo un cumpleaños.

Florencia

Una vez escrito esto, las letras se transformaron en panchos, papas fritas y palitos. El pajarito se los comió, y voló.

—Esta chica vive de casamiento en pijamada, de salón en pelotero —acotó Gertrudis.

—Hay tantos festejos... y la gente quiere verse bien —agregó Dorotea, acomodándose un largo pañuelo en el cuello—. Yo tengo muchísimas clientas, no doy abasto. —Acto seguido, les hizo un *tour* por el nuevo sector “Belleza de pies” en el entrepiso. Y siguió contando cómo la habían extrañado sus clientas cuando viajó a Garganta del Diablo.

—¿Y Matilde? —preguntó Lisandra, para cambiar de tema. Hacía tantas décadas que ella no se tomaba vacaciones que no pensaba escuchar el espectacular viaje de su amiga.

Dorotea coqueteó con su celular nuevo y llamó varias veces a Matilde. Lisandra evitó mirar el teléfono y fue a servirse un copetín de uñas mugrientas. Nadie atendió las llamadas.

—Estamos en hora —informó Gertrudis y contó—
Una, dos, tres. —Luego anotó en su libreta de cuero de cocodrilo:

3/11/18

12 p.m.

No hay suficientes brujas (quórum) para realizar la Reunión Anual. Quedan pendientes los siguientes temas:

- Apertura de escuela de hechicería.
- Jubilación de brujas mayores de ochocientos treinta y cinco años.
- Temas varios del último encuentro.

Hacía treinta y siete años que no había suficientes brujas para la Reunión Anual.





BRUJAS MODERNAS

Desde las terribles persecuciones a hechiceras, las brujas buscan pasar desapercibidas. Parecen señoras comunes, aunque con mirada penetrante y manos heladas. Si ven sangre, intentan disimular su inmensa alegría tapándose boca y ojos, como si les diera impresión. Es difícil que lloren, aunque a veces fingen sentimientos para alejar sospechas. Para sobrevivir, hacen trabajos de magia, sin llamar demasiado la atención.

Las brujas más clásicas adivinan el futuro, tiran cartas y leen manos en bancos de plaza.

Las brujas cosmetólogas fabrican cremas de belleza. Pomadas que devuelven melenas de león a señores pelados. Pomadas que quitan pelos a las damas, para no ser leonas.

Las practibrujas inventan superborratintas, repelentes de insectos, matapijos, pegamentos que lo unen todo.



Estas brujas pasan años sin hablar con nadie, encerradas en experimentos.

Las cocineras trabajan en restaurantes, atienden locales de pizza y empanadas, venden hamburguesas y choripanes caseros en puestos de plaza.

Generalmente, las brujas se mandan mensajitos al celular o chatean por Facebook. Ya no hablan por teléfono. Salir juntas por las noches es poco frecuente, a menos que haya fiesta. Entonces se pintan con polvo de estrella y montan perfumadas en sus escobas. Antes de despegar, arman sus apariencias de vuelo para que nadie las vea. En el cielo parecen barriletes, gotas de lluvia, relámpagos. Pero eso sucede cada muerte de hada. Sus exigentes rutinas les dejan poco tiempo para volar.

A las Reuniones Anuales... casi no van. Cada tanto a alguna bruja se le pierde el rastro definitivamente. Como si se la tragara la tierra.

